

Ana Alonso

Marea Negra

Ilustraciones
de Jordi Vila Delclòs

ANAYA



PIZCA DE SAL



1.ª edición: marzo 2017

Dirección de la colección: Olga Escobar

© Del texto: Ana Alonso, 2017

© De las ilustraciones: Jordi Vila Delclòs, 2017

© De las fotografías de cubierta: Archivo Anaya, 123RF

© De las fotografías de las fichas: Archivo Anaya (Vázquez, A.)

© Grupo Anaya, S. A., 2017

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

www.pizcadesal.es

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta:

Miguel Ángel Pacheco, Javier Serrano
y Patricia Gómez

ISBN: 978-84-698-3397-1

Depósito legal: M. 615/2017

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Ana Alonso

Marea Negra

Ilustraciones
de Jordi Vila Delclòs



ANAYA

*Para Eva Barea Esteban, una historia
de recuerdos y olvidos que es también
una mirada hacia el futuro.*

CAPÍTULO 1

Julieta no encajaba con el invierno. Su pelo de cobre y sus camisetas de colores parecían un insulto al mal tiempo y a la lluvia: eso fue lo que pensó Román la primera vez que la vio.

Llegaba del colegio entumecido de frío y de humedad, con el agua resbalándole sobre el anorak y el olor a pan caliente del supermercado de abajo todavía en la memoria. Y allí estaba ella, en medio del salón de casa, exótica como un ave tropical atrapada en la pajarera de un zoo. Román no era muy bueno calculando la edad de las chicas mayores... ¿Cuántos años podía tener, veinte? Quizá menos. Y su acento al hablar le hizo pensar en canciones antiguas y en una gran ciudad junto al Mar de Plata. ¿Por qué? ¿De qué le sonaba a él aquel nombre?

—Buenos Aires —le oyó decir a su madre al hacer las presentaciones—. Julieta viene de Buenos Aires. Parece ser que es pariente nuestra: nieta de un primo del abuelo Anxo.

Buenos Aires. Román se imaginó calles larguísimas iluminadas de noche, cafés llenos de gente, librerías. Una gran ciudad.

Lo que le gustó de Julieta fue que no le sonrió como sonríen a veces los adultos a los niños, con esa desgana aburrida del que no espera nada interesante de la persona que tiene enfrente. No: Julieta le sonrió con una pregunta en los ojos, como diciendo: «¿Quién eres? ¿Qué le pides tú a la vida? ¿Cómo es ser un chico de once años en un pueblo pequeño como Muxía y querer vivir grandes aventuras y viajar por todo el mundo mientras recorres con la mochila de los libros a la espalda los trescientos metros que van desde el colegio hasta tu casa?».

Bueno, a lo mejor no cabían tantas preguntas en la sonrisa de Julieta. Pero lo que sí había, seguro, era mucha curiosidad.

—Román, qué gusto conocerte —dijo Julieta—. Ya les decía a tus padres que me perdonasen el haber venido así, sin avisar. Hasta ayer no encontré la dirección de ustedes. Llevaba en Coruña una semana, haciendo averiguaciones.

—Julieta ha venido a Europa a investigar sus raíces, sus antepasados —explicó María, la madre de Román—. Pero hasta ahora nosotros somos los únicos parientes vivos con los que ha podido contactar.

—Mis padres querían hacerme un regalo especial de cumpleaños porque el año pasado fue duro para mí

—explicó Julieta—. Estuve muy enferma. Ahora todo pasó, pero me queda este regalo. Me preguntaron lo que quería y les dije: quiero mi historia. Quiero saber de dónde vengo, cómo eran aquellos hombres y mujeres, mis antepasados. Me dijeron: «Julieta, cumplís veinte años. Sos muy joven para viajar sola a Europa». Y yo les dije: «¿Cuántos años tenía la bisabuela cuando se embarcó en Coruña rumbo a América?». «Diecinueve. Y esperaba un niño ya, la pobre. Era viuda, tan joven... Había perdido a su marido en la mar», me dijo mi madre. «Si la bisabuela Carmen pudo hacer un viaje tan largo ella sola y embarazada sin saber lo que le esperaba al otro lado del Atlántico, mejor podré yo coger un avión y cruzar el océano de vuelta», le contesté yo. Y aquí estoy. Buscando.

—Le hemos dicho a Julieta que se puede quedar si quiere en la habitación de invitados, pero ya tiene hotel —explicó Yago, el padre de Román.

—No quiero molestar —explicó Julieta rápidamente—. Ya bastante es que me hayan recibido tan bien. Y que quieran ayudarme. Eso significa todo para mí.

—Sobre eso, hija, ya te he dicho que haremos lo que podamos —contestó María con una sonrisa triste—. Pero me parece a mí que no va ser mucho. Aquí el que sabía cosas de la familia era mi padre... y mi padre dejó de hablar hace quince años.

—¿Está enfermo? —preguntó Julieta.

Román miró a su madre. Cada vez que alguien preguntaba por el abuelo Anxo, la veía luchar contra las lágrimas mientras buscaba una respuesta.

—Se rompió —contestó María, y solo quienes la conocían bien habrían notado su voz más ronca de lo normal, a punto de quebrarse—. La Marea Negra le secó el alma. No sé si tú te enterarías allá en Argentina. Fue un petrolero que naufragó cerca de la costa y lo contaminó todo. El Prestige, se llamaba.

—En el año dos mil dos —precisó Yago.

—Yo era muy pequeña entonces —dijo Julieta—. Pero me suena habérselo oído contar después a mis padres.

—Yago y yo nos conocimos en la playa limpiando chapapote —explicó María—. Así llamamos por aquí al petróleo que sueltan los barcos. Mi padre, que era pescador, estuvo organizando la limpieza en toda la zona, porque nadie conocía como él las corrientes y los secretos de la costa. Estaba pendiente de cada equipo, sabía adónde había que mandar a cada uno, lo que había que hacer, y cuando a todos se les acababa la paciencia y la esperanza, allí estaba él para devolverles las fuerzas con su termo de café y sus chistes malos. No dormía ni de día ni de noche, estuvo todo el tiempo al pie del cañón. Y después, cuando los equipos se fueron y ya no se podía limpiar más, se levantó una mañana con los ojos turbios de pena y nos dimos cuenta de que había perdido la voz. O no podía, o no quería hablar. Los médicos



no se ponen de acuerdo. Lo hemos llevado a muchos y ninguno ha conseguido sacarle una sola palabra en estos quince años.

—Antes de la Marea Negra, Anxo era como un libro de historia ambulante —contó Yago—. La mar era su tema favorito. La mar y sus leyendas, sus naufragios, sus barcos y sus navegantes. Lo que sabía el hombre de batallas navales, de antiguas rutas marítimas, de corsarios...

—Lo que sabe —corrigió Román con su deje lento y suave al hablar—. Que todavía no está muerto.

Los padres y Julieta lo miraron.

—Tenés razón —dijo Julieta—. Lo que sabe. Y a mí me gustaría... ¿Sería mucho pedir que me dejaran preguntarle a él? Román, vos a lo mejor podrías ayudarme.

—Julieta —contestó María, y suspiró hondo—. Pero si te acabamos de decir que no habla. Que no habla con nadie, hija. No va a responderte, y solo va a servir para que te sientas mal.

—Yo no me voy a sentir mal. Solo quiero intentarlo. Daño no le va a hacer... ¿o sí?

María se encogió de hombros.

—¿Más daño que el que tiene? Eso ya es imposible —dijo—. Mira, si quieres intentarlo, ahora es buen momento. Lo encontrarás en el garaje, que es donde anda siempre a estas horas. Román, acompáñala tú. Mientras, os preparo un chocolate, ¿eh? Que está muy feo el día y así entráis en calor.

—Ven conmigo —dijo Román.

Guio a Julieta hacia la puerta trasera de la casa, la que daba al huerto. Mientras lo atravesaban, Julieta se paró a contemplar los manzanos desnudos, azotados por una llovizna tan menuda que a ratos parecía una niebla blanca.



En la puerta del garaje, Román se detuvo y miró a la chica.

—Estará haciendo nudos. Nudos marineros —explicó—. Es lo que más le gusta.

Ella asintió, y entraron.

El abuelo Anxo los miró sin sorpresa. No estaba haciendo nudos esta vez. No estaba haciendo nada. Sentado en una mesa de taller, balanceaba las piernas rítmicamente, las dos al mismo tiempo, adelante y atrás.

—Abuelo, esta es Julieta —dijo Román—. Es pariente nuestra. Viene de Argentina.

—Soy bisnieta de Carmen, la hermana de su madre. Nieta de su primo Cástulo... que nació ya en Buenos Aires.

—¿Te acuerdas de tu tía Carmen, abuelo?

El abuelo Anxo miró a Román unos instantes, sereno. Cuando te clavaba aquellos ojos grises como retazos de tormenta, tenías la sensación de que estaba reflexionando. Parecía que de un momento a otro iba a contestar.

Sin embargo, después los ojos se le fueron a la pared de enfrente, donde no había más que unos ganchos con herramientas de jardín y algunas telarañas.

Román miró a Julieta y vio dos lágrimas gruesas a punto de resbalar por sus mejillas.

—Ya sé que no querés hablar —dijo, mirando al abuelo—. Que se te manchó la voz de chapapote y no

pudiste limpiártela como limpiaste la playa. Pero yo he cruzado el océano para oír esa voz. Y sé que me escuchás. Yo quiero saber de los bisabuelos y de los tatarabuelos. Quiero saber de los naufragios, de los piratas, de las leyendas de la mar, de todas esas cosas que nunca se cuentan porque parece que no importan, pero a mí me importan. Vos tenés ojos que hablan, no sé si lo sabés. Aunque los labios no se muevan. Y yo quiero las historias que guardan esos ojos. He venido a buscarlas porque son mías. Y de Román también. Son nuestras raíces.

Julieta aguardó mirando con fiereza al anciano, segura de que un discurso tan brillante tendría su recompensa. A Román le dio apuro por ella. Allí de pie en medio del garaje, con su anorak de flores y su melena pelirroja, parecía creerse la protagonista de un cuento.

Casi cinco minutos aguantó mirando al abuelo impaciente, retadora. Hasta que se convenció de que no valía la pena seguir esperando.

—Esto no es el final. Volveré —dijo, muy digna.

Y se lanzó hacia la puerta con pasos rápidos pero bien firmes, como si conociese a la perfección el terreno que pisaba.

Antes de seguirla, Román miró una última vez al abuelo. Seguía contemplando fijamente la pared, pero tenía los ojos húmedos. ¿Sería de no parpadear, o estaría llorando?

Marea Negra

Julieta ha viajado desde Argentina para encontrar sus raíces en un pueblo de la costa Gallega. Pero la única persona que puede ayudarla dejó de hablar hace muchos años, a raíz de la catástrofe del Prestige. Se trata de Anxo, el abuelo de Román. Julieta y Román descubrirán detalles fascinantes acerca de sus antepasados a través de los objetos que Anxo va poniendo en su camino, y tratarán de ayudarlo a recuperar la voz.

Con este libro aprenderás...

Acerca de los ecosistemas y el desarrollo sostenible.

Ciencias de la Naturaleza



PIZCA DE SAL

¡Para hacer más sabrosa la lectura!

A partir de 10 años

ISBN 978-84-696-3397-1
9 788469 183397
1589057

ANAYA
www.anayainfantiljuvenil.com